

Ernesto Díaz: un poeta en Astorga
Catón de Panto la udana

CENTENARIO DE LOS SITIOS DE ASTORGA

Alma Astorgana

CONFERENCIA DE

GLADIO RODRÍGUEZ PEREIRA

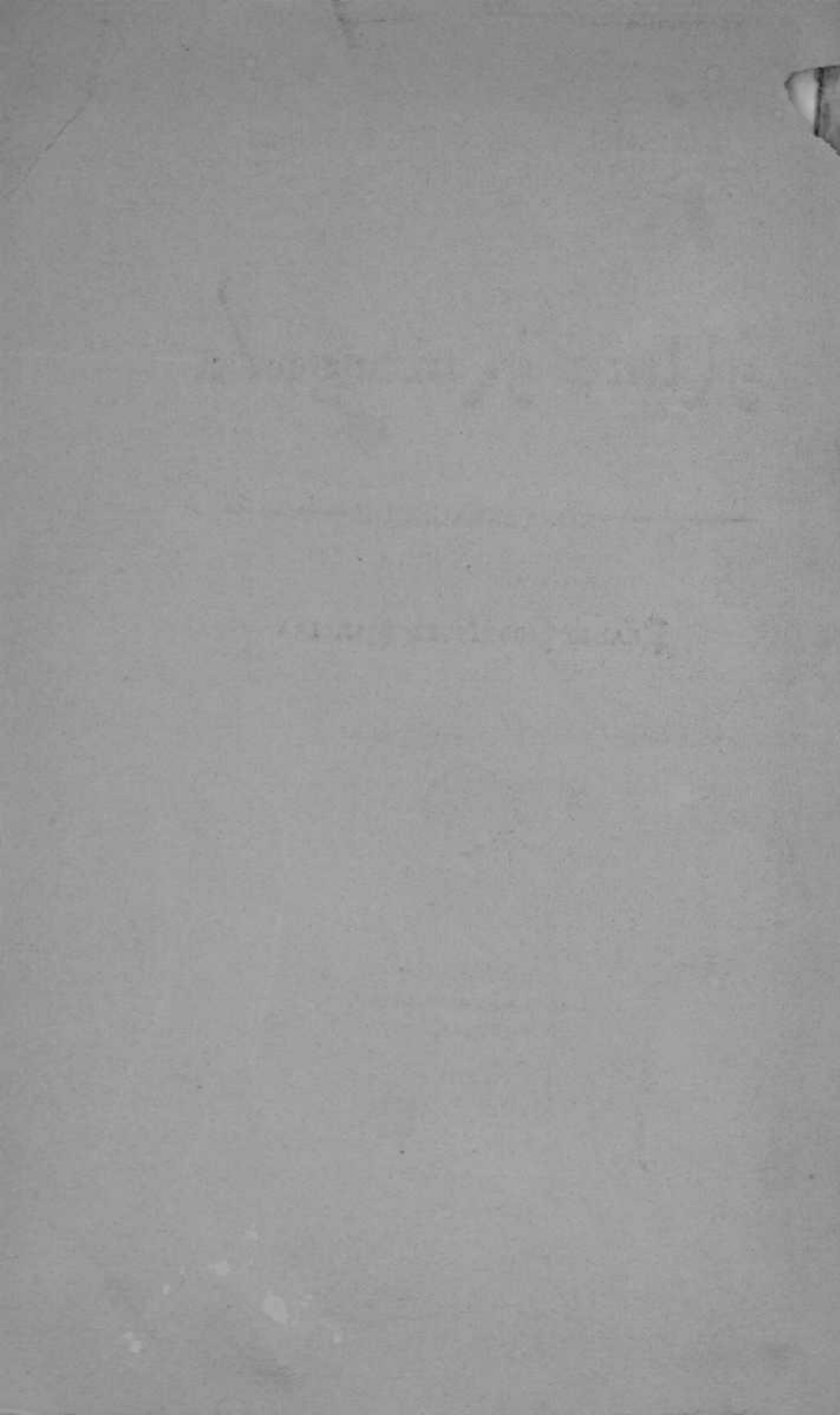


ASTORGA:

Imp. y Lib. de P. López,
Rúa antigua, 5 y 7

1910

G-F 9522



DGCL
A

CENTENARIO DE LOS SITIOS DE ASTORGA

Alma Astorgana

CONFERENCIA DE

ELADIO RODRÍGUEZ PEREIRA



ASTORGA:
Imp. y Lib. de P. López,
Rua antigua, 5 y 7

1910



C.1202178

6.118774

CENTENARIO DE LOS SEÑOS DE ANTONIA

Historia de la literatura

CONTENIDO

ALFONSO X EL SABIO



ESTUDIO
DE LA
LINGÜÍSTICA



R. 122825



EXCMO. SEÑOR:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Relatados ya en la monografía histórica del Sr. Salcedo, con sucintos detalles, los diversos episodios de los Sitios; resumidos estos hechos en la *Historia de Astorga* de D. Matias Rodriguez, y expuestos en un sermón admirable por el Sr. Magistral, en no lejana fecha; acaso, aún se pudiera rectificar algún detalle histórico; pero esta rectificación no evitaría que cosas y sucesos, presentes en la memoria de todo buen astorgano, fuesen nuevamente evocados por el conferenciante. En este sentido, hecha ya la

labor histórica, he creído llenar mejor la misión que se me ha confiado, procurando estudiar las determinantes del heroísmo de este pueblo, formando, para decirlo más concretamente, el alma de Astorga en función de su espíritu militar.

En nuestra historia existe algo común, propio de todos; existe una leyenda heroica con hechos brillantes, con sabios, con mártires, formando como una energía en potencia, en nuestra vida nacional. Donde el espíritu patrio no vaya ligado á grandiosas epopeyas, como las guerras celtiberas, como los sitios inmortales de Estepa y Numancia; á empresas como la conquista de América y la circunnavegación del globo; á genios como Cervantes, Quevedo y Lope; á sabios como San Isidoro, Servet y Vives; donde tales cosas no sean una reserva moral de energías y deberes, tampoco será posible la reproducción histórica de unas campañas como las de nuestra independencia. Un simple fracaso en la concurrencia vital por el predominio, bastaría para borrar nuestro nombre del concierto de los pueblos libres.

Determinar esa reserva moral, fuente de energías heroicas en cuanto se refiere á esta Ciudad, es mi propósito; para ello es preciso llegar á las raíces de la Historia nacional, siguiendo después, en la evolución de los sucesos, la parte heroica correspondiente á Astorga; pero fijando los hechos más culminantes para

que en la brevedad de esta conferencia no se diluya el pensamiento entre pequeñeces sin trascendencia.

Hasta que Roma y Cartago en sus conquistas por el mundo, no se encuentran frente á frente, el carácter español no se revela apenas. Antes, acaso también, pudiera conocerse algo del espíritu nacional, estudiando la influencia que los antiguos fénices ejercieron sobre nuestros pueblos del mediodía; ellos, hicieron, con su cultura agrícola, fácil presa de conquistadores á una gran parte de España; á ellos, acaso también se deba nuestra gran propensión á las grandes empresas marítimas..... pero datos determinantes del heroísmo de nuestros guerreros, de ese estoicismo impenetrable á todo sentimiento, sólo se denuncian en las guerras mantenidas por las dos civilizaciones antiguas: la Lybia, cuyo heraldo fué el pueblo cartaginés y la Arya cuyo heraldo fué el pueblo romano.

El guerrero español atrajo poderosamente la atención de los generales cartagineses y de los

generales romanos. A este propósito encontramos numerosas referencias en los escritores greco-latinos. Frontino considera á los españoles como tropas vigorosas, de mejores cualidades que las africanas y hace notar como carácter distintivo su rapidez en el ataque. Refiere Tito Livio que los españoles acostumbrados á las montañas, gracias á la agilidad de su cuerpo, son muy hábiles para trepar por las rocas. Esa rapidez y esa agilidad son propias de la vehemencia y nerviosidad de la raza. En todas las empresas guerreras observaremos esa vehemencia: ya Sempronius Gracchus, fingiendo miedo, logra precipitarlos en tropel desordenado, causa de su derrota; ya Sertorius tiene que apuñalar al soldado que le notició la muerte de Hirtuleyo para que no se extienda la nueva y, con ella, el desaliento entre los suyos. Consecuencia de esta vehemencia fiera, cuyos ejemplos se pueden multiplicar, son otras virtudes: en aquellos tiempos eran los únicos que sabían morir por sus deberes de soldado. En la batalla que cerca del rio Metaurum perdió Asdrubal, entre los dispersos no figuraban españoles; éstos, después de iniciar el combate perecieron todos en sus puestos (Tito Livio). Si en esto eran extremados, cuando tocaba á la defensa de su patria excedían lo heróico. Strabon lo confirma: «Imitan á las fieras— dice— no solo en fortaleza, sino en crueldad y furor. Las madres mataron

á los hijos en la guerra cantábrica, porque no viniesen á manos de sus enemigos.» No tenemos noticias por escritores púnicos de su opinión sobre los españoles; pero baste decir que fueron siempre la vanguardia de su más grande capitán, Annibal, para presuponer que no variaría mucho de la manifestada por los escritores romanos.

El alma española se forja ya, en esa lucha larga y cruel. Los distintos pueblos que forman la nacionalidad ibera, tratan, no de liberar á la patria, sino de adquirir una personalidad frente á los dominadores, apoyándose como aliados unas veces en los cartagineses y otras en los romanos; guiándoles en todas estas alianzas el predominio económico que disputan los pueblos del mediodía y del levante, cultos agricultores, á los pastores de las montañas celtiberas.

Por la especial configuración de nuestro suelo, cuyos montes se encrespan al llegar á las costas en ingentes macizos; cuyos ríos, en parte de su curso, fluyen ahocinados en estrechas y prolongadas gargantas y en parte se desbordan en fecundas llanuras; por esa especial configuración cuya heterogeneidad ofrece desde las costas al centro ambientes variados se deter-

minó en los primitivos pobladores dos tendencias económicas: la agrícola y la pecuaria trashumante. La primera impulsada y protegida por los pueblos cultos del mediterráneo; la segunda combatida por esos mismos pueblos á sangre y fuego.

La industria pecuaria, cuya influencia en las guerras ibéricas ha sido innegable, nos interesa por ser Astorga uno de los grandes agostaderos de todos los tiempos. Fué la primitiva industria de los españoles siendo sus ganados célebres, por su finura y belleza, en toda la antigüedad. La tradición conserva el recuerdo de la lucha entre la cultura agrícola traída por los pueblos cultos del mediterráneo y la pecuaria trashumante, simbolizando en el reino de los Geriones, ricos en ganados, á España, y en el Hércules Lybio, á los importadores del arado y de la oliva, á nuestros maestros en aventuras marítimas, á los fénices. Mientras esta influencia se redujo á la costa mediterránea y á la cuenca del Betis, medios apropiados para esa cultura, la resistencia fué escasa; pero á medida que la colonización extranjera, sobre todo la intensa de los romanos, transformaba las Tierras llanas en graneros fué creciendo aquella resistencia tenaz á la dominación extraña cuya expresión máxima está contenida en las guerras celtiberas. El teatro de estas guerras estaba comprendido entre el alto

Duero, el alto Ebro y el nacimiento del Tajo; si á este territorio añadimos la Astúrica Augusta tendremos las sierras ó agostaderos de esta parte de España. En esta zona la desaparición de los invernaderos traía consigo el agotamiento de la principal fuente de vida de sus habitantes; así que los desposeídos, reuniéndose en bandas hacían frecuentes incursiones en las Tierras Llanas, ricas y prósperas, merced á la superior cultura de los invasores. Astúrica Augusta era uno de los principales agostaderos, aún conserva vestigios de aquella industria; pues según Barthe y Contreras en los pastos conocidos por puertos pirenaicos se sostienen, actualmente durante el verano, más de 120.000 cabezas de ganado trashumante. Esto da idea de lo que serían estos agostaderos cuando la ganadería española asombraba al mundo culto por su riqueza y copiosidad; la transformación de los invernaderos en tierras agrícolas, hecha sin preparación por la fuerza de las Legiones, habían de producir en los astures meridionales los mismos efectos que en los celtíberos: el hambre, la guerra económica determinada por las bandas de hombres fuertes, desposeídos de sus medios de vida, dispuestos á tener, como decía Viriato, en el valor su única riqueza y en la libertad su única patria.

¿Cómo estas bandas pequeñas ó numerosas combatieron contra el poder inmenso de los ro-

manos? En *Ereña*, canto histórico vasco de tiempos antiquísimos, se conserva un recuerdo de la forma de combatir de los montañeses, dice así: «Aquellas avecitas pequeñas que suben arrastras por los árboles, con sus continuas subidas ó andanzas, pierden la fuerza y solidez de los robles más robustos». Los vascos, ante los romanos, marcharon y contramarcharon por sus montañas extenuando de cansancio á los invasores; esto mismo hicieron los celtíberos de las sierras bastantes años antes hasta que uno de esos hombres que compendian todas las virtudes de la raza, Viriato, regularizó todas aquellas bandas, sosteniendo con Roma aquellas audaces y heroicas campañas que yo tengo, por las razones expuestas, como la filiación guerrera de los astúricos. En las vicisitudes de nuestra agitada historia los imperativos económicos han dado á esta Ciudad como filiación guerrera las huestes viriatenses. Cuando Augusto reafirma su dominio sobre toda España, conciliando los intereses encontrados de nuestra economía y conquistando los últimos baluartes de nuestra nacionalidad, la pequeña ciudad de Astorga se reveló por sus condiciones estratégicas como el centro militar del Noroeste de España. Los españoles fundaron sus esperanzas en Lancia, ciudad fortísima; pero los más grandes estrategas de todos los tiempos, no podían menos de poner su atención en dos puntos: uno, Astorga,

como centro militar del territorio comprendido entre la derecha del Duero y el mar; otro, León, como punto avanzado hacia los astures transmontanos.

Los pirineos al llegar á la región gallega se encrespan en ámplia banda de macizos: los Pirineos leoneses, el Bierzo, las sierras del Ancares y del Cebrero forman esta banda que al Sur ensanchan los Pirineos galáico-meridionales; separan las provincias gallegas de las llanuras castellanas, sin ofrecer más que tres pasos: uno por los puertos del Manzanal y Piedrafita; otro, por el prolongado desfiladero llamado Fragas del Sil y el último por las asperezas de los Pirineos meridionales. El dominio de este nudo de montañas abre fácil camino hacia Lugo y hacia Benavente é impide á su vez el paso á todo ejército invasor, ya proceda de las llanuras castellanas ó bien de las provincias gallegas: basta para asegurarse de ello imaginar que, desde las cumbres de los Ancares hasta el Oceano, el terreno salva un desnivel de dos mil metros próximamente, lleno de torrenteras, repliegues rudos, ingentes cimas, desfiladeros sombríos: pues bien, Astorga, frente al puerto del Manzanal, amenaza los pasos abruptos que ofrecen los Pirineos meridionales. ¿Se comprende ahora por qué los romanos, esos maestros de la estrategia, transportaron la importancia de Lancia á esta ciudad?

Siendo uno de los agostaderos más importantes estaba antes del dominio romano, cruzado de cañadas; uníase por esos caminos difíciles con Aragón, las Extremaduras, Castilla y Galicia. Los nuevos dominadores transformaron estas cañadas en grandes vías, á más de algunas otras que construyeron, haciendo que Astorga con relación al Noroeste de España fuese una plaza fuerte, como Mérida en la Lusitania, Hispalis en la Bética y César Augusta en el Nordeste.

Con una posición que ha de ser palenque de toda contienda en que se dispute el Noroeste de España y una conciencia histórica formada en las guerras de los celtíberos y astures entra Astorga en el decurso de la Historia nacional.

Su posición estratégica hace de Astorga, en toda conquista de España, un objetivo de los invasores; así, cuando después de la invasión de los bárbaros, quedan solos frente á frente Godos y Suevos, en las márgenes del Orbigo, se decide con la suerte de Astorga, en una batalla general, el dominio de Galicia. Cuando más tarde los árabes realizan el más rápido movimiento de expansión que registra la Historia, incendiaron esta ciudad cuya importancia estratégica no podían aprovechar porque sus dominios efectivos no llegaron nunca á estas regiones. La historia de este período es muy oscura; es de presumir que los astúricos se

retirarían por el Manzanal ó por la vía directa á Gijón buscando el contacto con las huestes de Pelayo; seguramente aquellos astures, coautores de tantas guerras heroicas, herederos de los celtiberos y astúricos, últimos luchadores contra el poder romano, no habían de buscar refugio en las guaridas del oso del Ancares sino en Covadonga, encontrando en la inerte naturaleza el arma terrible que había de engendrar una España nueva forjada en una lucha de ocho siglos.

Durante muchos años Astorga quedó convertida en sangriento campo de batalla: baluarte, unas veces, de la España cristiana; palenque, otras, de las discordias civiles, Astorga en los primeros años de la reconquista, vió no pocas veces incendiados sus hogares, taladas sus campiñas; lugar de cita para todos los invasores; en estos campos decidieron sus empresas y prósperas ó adversas, al pueblo astorgano no le quedó otra misión, ya en la paz, que enterrar los cadáveres, reconstruir sus casas, cuidar sus agostaderos y esperar nuevas guerras.

La Historia militar de Astorga tiene largos periodos de profundo silencio; no resurge sino cuando la independencia patria está amenazada: sus momentos históricos son momentos decisivos en la vida nacional: aquí, iberos y romanos, suevos y godos, moros y cristianos, dis-

cutieron los últimos girones de la patria española; pero no podemos transcribir ningún rasgo parcial de heroísmo, porque en aquellos ardientes campos de batalla, en que sirvió de ideal, no ya el predominio económico, sino la religión, el hierro y el fuego son las únicas plumas que iluminan la Historia y éstas sólo registran grandes hechos colectivos, como los incendios de Astorga y el principio de nuestra Nacionalidad; pero pasados estos primeros tiempos de la reconquista vuelve el silencio á envolver los destinos de esta ciudad, hasta que otra guerra de conquista reintegra á la pequeña ciudad sus fueros estratégicos.

En nuestra gloriosa independencia los ejércitos de Napoleón recayeron también sobre Astorga, según Arteche, para asegurar fuertemente el flanco derecho de sus operaciones sobre el Duero. Olvidada completamente esta ciudad hasta el punto de tener solos seiscientos habitantes al comenzar el siglo XIX; pocos más de cuatrocientos al comenzar los sitios; el poder reconstructivo de su posición estratégica le devuelve todos sus fueros de plaza fuerte apenas un general de genio tiene que operar en la región Noroeste de España. A esta incuria correspondió el que los sitios no fuesen tan ruidosos como los de Zaragoza y Gerona; aquí, sólo había escasamente municionados 1.100 hombres con una población escasa; el agotamien-

to en el choque no podía sobrevenir porque un mes de ataques parciales bastó para el agotamiento de los medios defensivos; entonces un hijo directo de los celtiberos, el Licenciado Costilla, revelando el estado moral de sus habitantes, pedía que se imitase á los Numantinos, sin considerar en su fiebre patriótica que los Numantinos decidieron morir, agotando todos los recursos de la defensa, cuando Scipión respondió á sus mensajes de paz que sólo admitía la entrega de la ciudad sin condiciones. Astorga no estaba en ese caso; la rendición fué con todos los respetos, compatibles con la guerra, para sus habitantes y con todos los honores para sus soldados.

Pero el ansia de aquel corregidor Costilla, nos revela el alma de Astorga, nos predice que los vencidos, aún en la derrota, han de conservar el espíritu heróico de los astures meridionales, de los pastores celtiberos. Son 425 habitantes, pagan una multa de un millón de reales, sostienen peticiones constantes de grano, mantienen numerosas tropas enemigas; pues bien, esos 425 habitantes, cuando tremolan otras banderas sobre los muros de su Ciudad, cuando parecen agotados todos los recursos, reúnen energías para llevar entre mil riesgos víveres á nuestros soldados, á nuestros verdaderos soldados, á los insurgentes de José Bonaparte.

Mientras tremolan sobre los muros astorga-

nos otras banderas, el pueblo se entretiene en lo que denuncia la siguiente orden: Guardia Imperial—1.^a División—Orden del día—Sin embargo de la prohibición hecha á los pueblos situados en las orillas del Esla y Orbigo de tener barcas susceptibles de contener caballos, carros y caballerías de carga, muchos de ellos han continuado en tenerlos, y por este medio han facilitado diariamente el paso de los Bergantes, convoyes de granos y efectos prohibidos.—Al recibo de la presente los S.^{es} Comandantes de los acantonamientos notificarán á los Curas, Alcaldes, Propietarios de dichas barcas que siempre que se encuentre en ellas un caballo, carro, caballería de carga, granos y efectos coloniales prohibidos el comandante de la columna hará fusilar al barquero y confiscará los granos, efectos coloniales, caballos y caballerías de carga—Los comandantes de las columnas movibles harán igualmente fusilar á todo individuo que pase por los vados de los ríos Esla y Orbigo con granos dirigiéndose á los insurgentes.—Los Señores Intendentes de León y Benavente, como igualmente los señores provisosres y gobernadores del Obispado harán conocer la presente orden á los Alcaldes, principales habitantes y curas dependientes de su jurisdicción.—En el Quartel general á 5 de Diciembre de 1811—El general de División—Comandante de las tropas estacionadas en el Esla y

Orbigo—firmado—Doumastier. Por copia conforme. El gefe de E. M. firmado Laurent—Por copia conforme.—El Intendente de la provincia Garaul.

Esta orden que cuidadosamente se conserva en el archivo municipal, es un timbre de honor para el pueblo astorgano. He aquí nuevamente á nuestros celtíberos, podrá la fortuna de las armas mostrarse adversa, caer la ciudad en poder de las más brillantes tropas de los ejércitos napoleónicos, agotarse los recursos, ondear otras banderas al viento; más el alma guerrera de sus vecinos, transmitida al través de los siglos, hoy como ayer, no se domeña nunca, saben á fuerza de marchas y contramarchas minar la solidez de los robles más fuertes.

El legado que el pasado nos ofrece como reserva moral para los días nebulosos ha sido enriquecido con una nueva leyenda: la voz del corregidor Costilla, voz del pueblo, es la voz del pasado; el alma española vibra en sus acentos como si fluyeran de sus labios todos los estremecimientos de nuestro heroísmo; como si hubiese recogido en su alma las energías prepotentes de los celtíberos, de los astures; la serena tenacidad de los castellanos para renacer cien veces de entre sus cenizas, para no ser domeñados jamás, ni aún cuando floten al viento sobre sus orgullosos y derruidos muros otras banderas.

Este es nuestro espíritu; veamos nuestra tie-

rra. En el decurso de los siglos no ha sido Astorga para los propios, más que una pequeña é industriosa ciudad; para los iberos era Lancia el centro estratégico de los astures meridionales; para los españoles á partir de la reconquista fué León, así es que Astorga no revive sino en los momentos decisivos en que la Patria peligra; sólo cuando audaces invasores salvan las fronteras Astorga recobra su puesto; pero no como baluarte nacional, imposible sin preparación anterior, sino como ciudadela de los conquistadores: Augusto, Teodorico, los árabes de la conquista, Almanzor, Sancho el Mayor de Navarra y finalmente, el genio militar más grande de la época moderna, Napoleón, han hecho de esta ciudad la mansión principal de sus trayectorias conquistadoras; y no en busca de elementos de vida para sus ejércitos sino de su valor estratégico de mayor importancia cada día por su fácil comunicación con las cuencas mineras y muy especialmente con las fronteras portuguesa y francesa.

Esta es la energía en potencia que nos da la tierra, que nos han legado los antepasados, como reserva moral para lo porvenir, como voluntad en lo presente á orientar nuestras fuerzas hacia la Astúrica del siglo Augustiano.

HÉ CONCLUIDO.

OBRAS DEL AUTOR

- Formación del poder militar. . . . 3 ptas.
Ametralladoras, (en colaboración). agotada.
Campañas de Viriato, (próxima á publicarse).

'Re

4027

22
—
55

2
—
58